

**CONFERENCIA PRONUNCIADA
POR DON SABINO FERNANDEZ CAMPO
EN EL CURSO DE VERANO ORGANIZADO
POR LA FACULTAD DE DERECHO
EN LLANES (Julio 1996)**

SABINO FERNANDEZ CAMPO

Ex Jefe de la Casa Civil de Su Majestad
Académico de Ciencias Morales y Políticas

Quiero ante todo manifestar mi satisfacción por el honor que se me concede al proporcionarme esta ocasión tan grata de encontrarme hoy ante vosotros para intervenir en este curso y hacer algunas consideraciones sobre Nicolás Maquiavelo, que ha venido a convertirse en un especial amigo mío.

Expreso, pues, mi agradecimiento a todos vosotros y en especial a mi querido y admirado amigo Luis García San Miguel, con el que me unen tantos lazos de afecto y que ha tenido la amabilidad de acordarse de mí cuando ya me encuentro tan en la reserva de todo y empiezo a sentir el cansancio de una larga vida que me ha permitido ser testigo de acontecimientos muy variados e interesantes.

He de haceros también, al iniciar mis palabras, una confesión sincera:

Cuando tuve el honor de ser designado miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas pensé que mi discurso de ingreso versara sobre algo que en aquellos momentos —por desgracia extraordinariamente prolongados— parecía que no gozaba de gran predicamento: la aplicación de la ética y de la moral en determinados comportamientos.

No sé por qué me parece que suelo caer en la tentación de hablar de lo que más ignoro, de lo que menos sé o de lo que encuentra dificultades para expresarse claramente como una indudable realidad.

Pero entonces acababa de cesar en la Jefatura de la Casa del Rey, donde había prestado servicio durante muchos años; SS.MM. me concedían el privilegio de asistir a la sesión en que iba a producirse mi ingreso, y lo cierto es que no me apetecía abordar de una manera demasiado directa cuestiones relativas a la ética y a la moral, sino utilizar la debida prudencia para decir menos de lo que podría decirse e insinuar mucho más de lo que dijera, para que cada uno pudiera obtener sus consecuencias y sus interpretaciones subjetivas.

Y se me ocurrió acudir al personaje de Maquiavelo y a su «Príncipe» para imputarle a él y a sus presuntos consejos, basados en la discutible condición de los hombres, las consecuencias de una situación que ha llegado hasta nuestros tiempos.

El escritor y político florentino fue, pues, la disculpa para poner de manifiesto muchos comportamientos que él había inspirado, dentro de ese criterio que suele dar buenos resultados, de aconsejar lo que el aconsejado desea que se le aconseje.

Pido disculpas a la memoria de Maquiavelo por la nueva lectura de *El Príncipe* que entonces hice, y os la pido ahora a vosotros por seguir utilizándole para dar salida a mis propios pensamientos, sin que nadie se ofenda a no ser en el caso de que se sienta directamente incluido en las posibles críticas.

Resumiré todo lo posible el extenso trabajo a que entonces expuse y procuraré entresacar los extremos más destacados, sin dejar de advertir que los acontecimientos que hemos podido contemplar desde mi lectura se han intensificado de manera notable.

En todo caso, el título de «Ética y Política. Reflexiones sobre Maquiavelo» que el Director de los Cursos ha dado a mi conferencia queda aclarado con lo que acabo de decir y tal vez sea también en esta ocasión, a través de Maquiavelo, como aparezcan los juicios éticos y morales que tan importantes me parece en los tiempos que vivimos.

De esta forma, el nuevo análisis de un libro clásico *El Príncipe* pudiera resultar de utilidad para recordar ahora, al hacer de él

una nueva lectura, hasta qué punto están aplicándose en la vida política actual los principios, las ideas y los consejos en la obra contenidos.

El Príncipe, de Nicolás Maquiavelo, es una obra famosa de la que todo el mundo habla —la haya leído o no— y cuyas numerosas ediciones, en los más variados idiomas, han ido precedidas de prólogos eruditos y documentados, de comentarios y análisis profundos y de detalladas biografías de su autor.

En consecuencia, intentaré tan sólo hacer unas reflexiones, en cuya sencillez puede estribar su único mérito, porque serán las de una persona corriente que ha tenido la oportunidad de conocer, desde observatorios privilegiados y durante bastantes años, acontecimientos históricos y políticos de distinto signo.

En *El Príncipe* pueden descubrirse dos aspectos fundamentales: *el de los detalles* referidos a hechos concretos y *el de los principios generales*, expuestos con una mayor permanencia teórica. Por lo tanto, tal vez será conveniente en este comentario pasar por una especie de imaginario tamiz toda la obra, de forma que a través de él se pierda cuanto pueda considerarse circunstancial y pasado de actualidad, para retener, en cambio, las teorías políticas más perdurables.

Pero de ese filtro de lo circunstancial e inadaptable, para que nos quede lo constante y sustancial que se desprende del libro, cabe obtener, tal vez, un resumen más o menos desconsolador o pueden recogerse determinados consejos que son siempre aprovechables. Unas veces para seguirlos al pie de la letra, otras para meditar sobre ellos y comprender que su improcedencia debe inducir a hacer lo contrario de lo que sugieren.

En todo caso, *El Príncipe* es un libro del mayor interés, como se deduce precisamente del cúmulo de opiniones que sobre él se han formulado y de la diversidad de los juicios que ha merecido.

Desde su publicación podemos comprobar que de Maquiavelo se ha dicho de todo. Escandalizó a muchos, influyó en algunos y mereció, en general, numerosos reproches que, como suele ocurrir antes y ahora, contribuyeron a popularizarlo y difundirlo, sin dejar de incluir en la crítica, para proporcionarle un mayor atractivo, el tema de la vida privada del autor, no demasiado edificante.

Cristianos y paganos; ideólogos y materialistas; juristas, teólogos y filósofos; políticos y estadistas, juzgaron esta obra de las formas más opuestas y variadas.

Quizás los que le critican con más saña son los que no se atreven a aplicar sus teorías, y los que le alaban abiertamente lo hacen porque les conviene aplicarlas y encuentran en ellas apoyo y justificación.

Es difícil descubrir en los juicios el término medio. Un término medio que es precisamente lo que Maquiavelo no encuentra posible y pertinente aplicado a la política.

Entre el inmenso número de estudios que se han hecho sobre *El Príncipe*, lo cierto es que, como regla general, el «maquiavelismo» a que ha dado lugar el libro de Maquiavelo se define como el empleo de la mala fe, cuando sea necesario, para sostener la política de un Estado; como el modo de proceder con astucia, doblez y perfidia.

¿Será ésta una definición exacta?

No podemos dejar de pensar que, como suele ocurrir en muchos casos y con respecto a libros tan claros, directos y sucintos —casi podríamos decir desvergonzados y escandalosos—, como el del famoso florentino, se va muchas veces en la glosa, en el comentario o en la interpretación bastante más allá de lo que pensaba o de lo que pretendió decir su autor.

A continuación trataré de escudriñar y hasta de fantasear sobre los propósitos de Maquiavelo al escribir *El Príncipe*. Pero lo cierto es que esta obra no sólo ha excitado el interés de los hombres de acción de todos los tiempos, sino que, de una u otra forma, les ha servido de inspiración.

La descarada claridad de Maquiavelo y la forma en que aconseja al Príncipe —es decir, a quien ostenta el poder— unos procedimientos despiadados, sin disimulo ni recato, puede inducirnos a buscar algunas razones más o menos originales que, tal vez, pudieron influir en él.

Es verdad que sus asertos más duros y radicales tratan de apoyarse siempre en lo que pudiéramos llamar un estado de necesidad en el carácter extraordinario de una situación concreta.

Pero la generaliza de tal manera que la convierte poco menos que en normal y continuada.

Resulta tan directo que expone sin reparo las teorías más crueles y no deja transparentar ese espíritu sutil, retorcido y agudo que se ha llamado florentino. Porque la lectura de *El Príncipe* produce, ante todo, un sentimiento de alarma y de tristeza.

Sin embargo, hay que detenerse en la personalidad de Maquiavelo y ver de cerca la situación en que se encuentra cuando escribe su libro más trascendente. No voy a desmenuzar aquí su biografía, que ya ha sido expuesta con profundidad y extensión en múltiples publicaciones. En principio, no deja de ser curiosa y altamente significativa la comparación entre dos de sus obras más destacadas, pues evidencian una contradicción notable. En los *Discursos* pueden descubrirse en Maquiavelo unos sentimientos abiertamente republicanos, mientras que en *El Príncipe* los consejos van dirigidos, con preferencia, a quienes ejercen un poder omnímodo. Hasta podría decirse que lanza normas a los gobernantes para que se conviertan en absolutos o se mantengan como tales. Esta disparidad de opinión pudiera hacernos dudar de la sinceridad de Maquiavelo, a quien llegó a calificarse de adulator, traicionero y siempre dispuesto a servir a cualquier amo.

Tal vez su verdadero pensamiento está en los *Discursos*, pero lo distorsiona en *El Príncipe* para halagar a quien van destinados los consejos y expresar lo que éste prefiere oír, en lugar de aquello que en realidad le apetece decirle. Quizá le fuera aplicable aquella frase de Tácito en los *Anales*: «Sabía muy bien Germánico que los tribunos y centuriones tienen por costumbre decir las cosas más como saben que han de agradar que como ellos las entienden».

¿Podría ser éste el caso del autor de *El Príncipe*?

Cabe suponer que Maquiavelo fuera un demócrata, un amante de la libertad; pero estos sentimientos se armonizan mal con sus sugerencias, a no ser que precisamente pretenda despertar con ellas la conciencia de los ciudadanos. Fue un cristiano, aunque un tanto peculiar. Nunca sus sentimientos religiosos le hubieran llevado a sacrificarse por ellos, y llega a decir no sólo que la sociedad cristiana ideal es imposible, sino que la vida inspirada en el Cristianismo condena al hombre a la impotencia política, porque los cristianos piensan más en soportar las injurias que en vengarlas.

Fue un patriota porque le interesaba la regeneración política de Italia en unos momentos en que Florencia merecía poco respeto de sus vecinos por sus divisiones internas y por su política indecisa y vacilante, que la llevaba a ser un ejemplo de riesgo total.

No podemos tampoco dejar de pensar en el interés que le animaba de halagar a los Médicis para conseguir su favor, siguiendo la costumbre de los tiempos.

Y, al fin y al cabo, Maquiavelo se había quedado sin empleo. Se admite, generalmente, que comenzó la redacción de los *Discursos* poco después de su cese como Secretario de la Cancillería y que interrumpie esta obra para dedicarse a redactar *El Príncipe* de un tirón. Quizá planeó escribir este libro —tan distinto de aquel al que se estaba entregando y que hoy conviene leer conjuntamente con *El Príncipe*— como un medio para volver a la política activa al servicio de los Médicis. De ahí que pensara dedicar la obra a Giuliano de Médicis y que, a la muerte de éste, la dirigiera a su sobrino Lorenzo. No será sólo su deseo de promoción lo que motive el libro, porque sin duda existen otras razones y móviles; pero no podemos dejar de pensar en la conveniencia que para él tendría exponer las ideas que deseaban ser recogidas por quien debía aplicarlas.

Condenado al ocio forzoso que le permitiría escribir sus grandes obras, a partir del año de su cese, se esfuerza por conseguir un acceso a los Médicis que le diera la oportunidad de obtener una ocupación política y mejorar su precaria situación económica.

El último párrafo de la dedicatoria de *El Príncipe* es bien significativo al respecto: «*Y si alguna vez Vuestra Magnificencia, desde la cumbre de su poder, dirige sus ojos a este humilde lugar, se dará cuenta de cuán indignamente tengo que soportar los continuos y duros ataques de una suerte adversa*».

Aspira, en fin, a que se le «*eche una mano*», como vulgarmente se dice en nuestros días.

Lorenzo de Médicis no entendió su oferta.

¿Influyen de alguna manera estas vicisitudes en su carácter y en su manera de pensar? ¿Condicionan, al menos, la forma de expresar sus sentimientos y las opiniones contenidas en sus libros?

Tal vez refleje en sus escritos tanto el halago hacia quien pueda solucionarle situaciones difíciles como el rencor contra el que no las remedia.

Y cuando ofrece *El Príncipe*, como un regalo, al Magnífico Lorenzo de Médicis le expresa cuál es su deseo: «*Que llegue a*

alcanzar toda la grandeza que la suerte y vuestras cualidades os prometen».

Maquiavelo despierta o robustece en su obra los principios perversos de los que ostentan o detentan el poder, las pasiones de quienes quieren conseguirlo o conservarlo a toda costa, la maldad que reposa en el fondo de todo hombre como un demonio que no siempre es fácil domeñar.

Pero la situación personal de Nicolás Maquiavelo puede también conducirnos a una idea más original y, sin duda, disparatada que, sin embargo, no me resisto a insinuar. Porque cabe, incluso, que en el *El Príncipe* puedan descubrirse el humor y la sátira, tan sutiles que cueste trabajo llegar a comprender de qué manera ejerce una crítica despiadada al poner de manifiesto con crudeza, pero bajo el velo del elogio o del consejo, el retrato de la realidad. Pudiera suceder que su verdadera pretensión sea despertar la conciencia y la alarma de los ciudadanos, con respecto a lo que el tirano está haciendo o el príncipe sin escrúpulos puede llegar a hacer. Quizá está creando y describiendo una clase política apartada de todo sentido ético y unas personalidades monstruosas en el ejercicio de sus poderes. Pero disimula su intención al hacerlo seriamente, directamente, con una crudeza que sorprende y sobresalta, porque en situaciones especiales de desengaño o de desilusión, también la alabanza absurda o el asesoramiento disparatado pueden producir el efecto contrario. Es decir, la censura, la advertencia y el escándalo.

Puede ser que, en el fondo, Maquiavelo no amparara las conductas violentas, sino que las pone de manifiesto rotundamente para lamentarse en lo más íntimo de su sentimiento de que las brillantes carreras políticas sólo pueden hacerse al margen de la ética más elemental o con arreglo a una ética muy especial.

¿Será *El Príncipe* una sátira agudísima, una verdadera burla? ¿Pretendería divulgar indirectamente lo que no podía hacer de una manera directa contra dos potencias rivales: la Iglesia y los Médicis? ¿Desearía mostrar al desnudo el poder político de cuya realidad fue testigo?

Si hubiera sido así, hay que reconocer que a Maquiavelo «*se le fue la mano*», como se dice ahora coloquialmente. Porque si quiso censurar, de una manera solapada y por contraste, las conductas que aconsejaba, resultó que muchos gobernantes de entonces y

después las observaron a pies juntillas, apoyándose en el famoso libro. Y hasta nuestros días ha llegado una influencia que, al parecer, tiene su fundamento en la propia naturaleza de los hombres y marca a hierro, profundamente, a quienes desean alcanzar el poder, ejercerlo a su manera, conservarlo sin reparar en procedimientos y tratar de concentrarlo en sí mismo sin compartirlo con nadie.

¿Quién será, en definitiva, Nicolás Maquiavelo?

¿El tirano de *El Príncipe* o el republicano, demócrata y liberal de los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*?

Cualquiera que sea la auténtica personalidad de Nicolás Maquiavelo, y aunque no podamos desenmascarar el secreto de los impulsos íntimos que le llevaron a escribir *El Príncipe*, lo cierto es que el libro contiene una tesis y establece unas teorías que nos resultan bastante penosas y desilusionantes, pero siempre dignas de atención.

Puede ser que Maquiavelo haya hecho de *El Príncipe* un espejo en el que se refleja la realidad de su mundo. Declara y escribe lo que los hombres hacen, no lo que deberían hacer.

Según su teoría es necesario a quien gobierna una república presuponer que todos los hombres son malvados. Y que nunca obran bien si no es por necesidad.

No es fácilmente concebible este materialismo absoluto que sólo atiende a la parte peor del ser humano.

Para Maquiavelo no es indispensable que un Príncipe posea de verdad grandes cualidades, pero sí lo es que parezca que las posee. Es más, añade, «*me atrevería, incluso, a decir que poseerlas y observarlas siempre es perjudicial, mientras que fingir que se poseen es útil; es como parecer piadoso, fiel, humano, íntegro, religioso y, además, serlo realmente; pero, a la vez, tener el ánimo dispuesto para poder y saber cambiar a las cualidades opuestas si es necesario*». Es decir, no separarse del bien si se puede, pero saber entrar en el mal si hace falta.

Aunque Maquiavelo considera ideal y deseable que el Príncipe, el gobernante, sea honesto, magnánimo, piadoso, inteligente y sincero, descarta rápidamente esta suposición y parte de la base de la imposibilidad de aplicar eficazmente esas cualidades en un mundo al que animan sentimientos contrarios. Es preciso,

pues, si se desea triunfar en la política, mentir, engañar, simular, faltar a la palabra y a la verdad.

Pero me atrevo a pensar que no puede considerarse a Maquiavelo tan esencialmente malo como para asegurar que no hay en el mundo ninguna persona buena o que no haya una parte buena en alguna persona. Por eso, las consecuencias pueden ser aún más peligrosas al radicar en ellas una faceta extraordinariamente grave. Es posible que Maquiavelo no ignore la existencia de esos principios morales que también se dan en los humanos. Pero él los excluye de los humanos que se dediquen a la política. Con lo cual llegamos a la creación o delimitación de un sector de la sociedad —el que a la política se dedique— que para triunfar y conseguir sus propósitos tiene que prescindir de todo tipo de virtud ética y entregarse a un materialismo total e inmisericorde.

Es necesario «pecar» para conservar el Estado y la libertad. Porque, para Maquiavelo, la Historia es una permanente manifestación de algo que no varía. El hombre tiene una naturaleza, unos sentimientos y unas pasiones constantes e idénticas que determinan su acción: la ambición, la envidia, la impaciencia, la sed de venganza. La astucia y el engaño desempeñan un papel fundamental en las lides políticas, y hay que saber usar la bestia que hay en el ser humano si se quiere triunfar. Quien pretende hacer en todas partes profesión de bueno es inevitable se hunda ante tantos otros que no lo son. Por eso dice Maquiavelo en *El Príncipe*: «*El que aspire a mantenerse en el poder tiene que aprender a no ser bueno y a utilizar esa capacidad en la medida que las necesidades le impongan*».

Sus recetas son, en ocasiones, estremecedoras. El Príncipe, por ejemplo, no debe preocuparse por incurrir en aquellos vicios sin los que difícilmente se puede salvar el Estado. Puede caer en la infamia de ser cruel y obrar contra la fe, contra la caridad, contra la humanidad, contra la religión, y utilizar, según convengan, las máscaras de la zorra o el león.

Maquiavelo con *El Príncipe* dio carta de naturaleza política a la vieja máxima de que el fin justifica los medios.

Y es curioso señalar, como muestra, los sistemas que apunta para conservar los estados que se conquistan y que están acostumbrados a vivir en libertad, con sus propias leyes. El primero, y seguramente el más eficaz, es destruirlos.

Impresiona la frialdad con que Maquiavelo se expresa cuando aconseja textualmente: «A los hombres hay que congraciárselos con un trato de favor o destruirlos porque pueden vengarse de las afrentas leves, pero no pueden vengarse de las graves; por eso, cuando se ofende a un hombre, hay que hacerlo de forma que no haya que temer posibles venganzas».

La primera impresión que nos produce *El Príncipe* es que la política constituye algo especial, que ha de ejercerse y juzgarse exclusivamente desde el punto de vista de la razón de Estado. De esa razón de Estado tantas veces esgrimida, pero que suele identificarse, invariablemente, con los deseos, las ambiciones o los intereses de quienes estiman encarnarla y la definen. Todo es válido para lograr la conquista del poder, su ejercicio, su conservación y su eficacia. Pero una eficacia juzgada desde la perspectiva del que lo ejerce. En este sentido, no hay moral, ni ética, ni principios religiosos, ni normas de un Derecho Natural, sino que es preciso desterrar el mito de la bondad humana. Maquiavelo ve tan sólo la realidad del poder, que hay que liberar de fantasías metafísicas.

Porque si se examina todo atentamente, el Príncipe se encontrará cosas que parecen virtudes y, sin embargo, le llevarían a la ruina, y otras que parecen vicios, de los que, por el contrario, nacerán su seguridad y su bienestar.

De *El Príncipe* puede deducirse que hay en el mundo dos códigos éticos: el privado y el de la política. Y el pesimismo nos invade, porque las consecuencias no pueden ser más tristes.

Está permitido engañar al pueblo, atraer temporalmente la voluntad de los hombres con el único propósito de conseguir su confianza, aunque después se le traicione.

Según Maquiavelo, las gentes son de naturaleza voluble y no resulta difícil convencerles de algo, pero puede ser muy complicado mantenerlas en esa convicción. Por eso conviene organizar las cosas de tal manera que cuando el pueblo ya no crea se le pueda obligar a creer por la fuerza.

En este pensamiento se contiene todo un sistema de propaganda y de violencia.

De las recomendaciones incluidas en el *El Príncipe* destacan las que se refieren a la conservación del poder y a la tendencia irresistible de convertirlo en unipersonal. Este criterio de concen-

trar la autoridad en una sola persona obsesiona a Maquiavelo y, tal vez, también a quienes pretenden seguir sus consejos o simplemente los propios impulsos. Los Estados, se dice en *El Príncipe*, tiene que ser ordenados por una sola persona y hay que ingeniarlas para apoderarse de todo el dominio. A tal fin se admite la traición, la felonía, la fuerza y el engaño.

Por lo visto, el poder es maravilloso. El poder absoluto, absolutamente maravilloso.

En consecuencia, tanto para conservarlo como para asumirlo por completo, todo es válido y aconsejable. (Y según afirma, sin duda con gran escándalo de las lógicas e intensas corrientes feministas actuales, Maquiavelo está convencido de que *«es mejor ser impetuoso que prudente, porque, puesto que la suerte es como una mujer, para someterla hay que pegarla y maltratarla»*. A lo que Napoleón anota en sus comentarios una coincidencia perfecta: *«Bien visto: las reiteradas experiencias que hice de ello, no permiten ya la menor duda sobre este particular»*. Por mi parte, no estoy seguro de si se refería a la suerte, a las mujeres o a ambas a la vez.)

¿Siente realmente Maquiavelo lo que dice?

Sinceramente, no me atrevería a asegurarlo. El mismo parece alarmarse un poco de su impiedad y da la sensación, en su obra, de que está discutiendo continuamente con un interlocutor ideal e imaginario.

Desde luego, Maquiavelo está convencido de que no se gobierna para ángeles, sino para hombres. Pero lo triste es que considere a éstos como demonios.

Tal vez, su pensamiento puede resumirse en esta frase suya: *«Uno puede salvar su alma o puede mantener o servir un gran y glorioso Estado, mas no siempre puede uno hacer al mismo tiempo las dos cosas»*.

Al comentar ahora la posible permanencia y aplicación en nuestros tiempos de las principales teorías de Maquiavelo, debo sentar, ante todo, la solemne afirmación de que en ningún momento quiero referirme a un país determinado, ni a un partido o tendencia política y, aún menos, a personas concretas. El análisis pretenderá ser completamente teórico y generalizado, aunque ejemplos tenemos en el mundo entero que pueden revelarnos si

las cosas han cambiado sustancialmente en la política desde que se escribió *El Príncipe* o si sus consejos siguen influyendo, con los naturales cambios de matiz, en determinadas circunstancias, momentos y lugares.

Pero releer *El Príncipe* a estas alturas resulta verdaderamente descorazonador. Sobre todo porque Maquiavelo no deja ver ni un atisbo de esperanza. No descubre la posibilidad de que con la educación el hombre mejore y alcance un grado de civilización con el que se perfeccionen sus sentimientos.

No se le ocurre promover sistemas para conseguir la influencia de determinados valores éticos. No hay para él —ni para nosotros si le creemos— esperanza de mejora en los comportamientos, porque la política tiene su ética propia, sus valores morales específicos y, desde luego, una independencia total de todo sentimiento o preocupación religiosa.

¿Será posible que, en efecto, los hombres sigan siendo ingratos, lacios, falsos y disimulados, cobardes y odiosos, arrogantes y ruines? ¿Continuarán haciendo gala de insolencia cuando sus empresas prosperen y se mostrarán abyectamente serviles en el caso de que la adversidad les golpee? ¿Es la sociedad todavía —y sobre todo la parte de la sociedad que se ocupa de la política— un campo de batalla donde no existe la piedad, ni la caballerosidad, ni el impulso del bien?

Quisiera recuperar el ánimo y robustecer mi optimismo al pensar que Maquiavelo no tenía razón, que era un malvado o un resentido, un sutil crítico o un consumado adulator que no se expresa con sinceridad.

Hay también otro principio sentado por Maquiavelo en su famosa obra que conviene recordar ahora, aunque no sea más que como objeto de meditación: «*Los fundamentos principales de todos los Estados son las buenas leyes y los buenos ejércitos, puesto que no puede haber buenas leyes donde no hay buenos ejércitos, y donde hay buenos ejércitos conviene que haya buenas leyes.*»

No será ya un pelotón de soldados el que, en definitiva, pueda salvar la civilización. El pelotón es una unidad militar muy pequeña y la civilización una empresa muy grande y complicada. Pero, como simple observador de los acontecimientos del mundo, podría afirmar que un cierto número de unidades militares de mayor entidad pueden con su intervención, en un momento dado, decidir

situaciones que cambien en uno u otro sentido la marcha de la Historia, sin atender demasiado a lo que la Ley establezca.

Según Maquiavelo, es posible definir como buena utilización del delito —en el supuesto de que sea admisible hablar bien del mal— la que se hace en un momento concreto y por la necesidad de conseguir o conservar la propia posición, sin volver a insistir luego en el procedimiento, sino intentando sacarle el mayor provecho posible para los súbditos.

También hoy el esfuerzo y el interés estriban en alcanzar el prestigio oportuno y la fama más elevada para obtener los sufragios de los ciudadanos en el mayor número posible o conseguir o conservar el poder, sin duda con el objeto, en la mayoría de los casos, de realizar la política que consideran más conveniente para su país. Sin embargo, se corre el riesgo de que los medios para lograrlo pretendan justificarse por encima de un propósito final que se diluye en la incertidumbre impuesta por las variables condiciones nacionales e internacionales de un mundo intensamente interdependiente e intercomunicado.

Sucede, por añadidura, que para lograr esos medios convertidos en fines y que pretenden justificarse en sí mismos existen, en los tiempos modernos, unos procedimientos excepcionales.

El aserto de Maquiavelo de que si el Príncipe desea obtener el éxito en la política tiene que engañar, simular, faltar a la verdad; de ser aceptado —a veces hasta inadvertidamente— cuenta con sistemas mucho más poderosos y eficaces que los disponibles en la época del autor florentino. Maquiavelo sostiene esa teoría en unos momentos muy distintos de los actuales, en cuanto a los medios de comunicación y de difusión, a las posibilidades de la propaganda, al efecto de las consignas, de las frases hechas, de los *slogans*. No podía imaginar la eficacia de los ditirambos reiteradamente repetidos; de las agresiones verbales o escritas a los enemigos, a quienes se trata de desacreditar; de los medios para ensalzar o destruir la imagen de los políticos y grabar en la mente de los hombres los impulsos que dirijan sus ideas e influyan en sus conciencias, aunque en el fondo todo el armazón —muy costoso, por cierto— se apoye en unas bases no siempre lo suficientemente firmes y auténticas.

«Los hombres —decía Maquiavelo— son tan cándidos y sumisos a las necesidades del momento, que quien engañe encontrará siempre quien se deje engañar».

No olvidemos tampoco —y voy a decirlo muy de pasada— las circunstancias que en todo el mundo pueden darse en los referidos medios de comunicación, a veces concentrados en personas o entidades poderosas, que los controlan y orientan como base para conseguir una seguridad en cuanto a las informaciones que puedan afectarles, y una capacidad de dominio que llega a estar por encima del propio poder político.

No sé si será oportuno recordar, a estos efectos, la frase de Juan Jacobo Rousseau: *«Que ningún ciudadano sea lo bastante poderoso para comprar a otro ni demasiado pobre como para verse obligado a venderse».*

¿Cuál hubiera sido la opinión de Maquiavelo de haber conocido la extensión de la influencia de la prensa, de la radio, de la televisión y de la propaganda?

Pero los políticos posteriores a Maquiavelo, en progresión creciente hasta nuestros días, sí han tenido y tienen unas posibilidades inconcebibles para que las falsedades y las promesas que no van a cumplirse se divulguen y apoyen en la extensión y en la reiteración.

«Basta decir una mentira con gran aparato, repetirla cinco veces en la mentalidad del pueblo, para que éste la crea, y siete para que quien la produjo la considere, fríamente, como una verdad».

Esta frase, que no es de Maquiavelo sino de Goebbels, pero podría ser suscrita en el mundo entero por muchos políticos que desean crearse una imagen de perfección, tiene, por desgracia, una vigencia que induce a reflexionar muy seriamente.

Por eso, la cínica opinión de Maquiavelo en cuanto a la importancia de las apariencias sobre la realidad encuentra en muchas ocasiones una desconsoladora confirmación: *«Los príncipes que han hecho grandes cosas son los que han dado poca importancia a su palabra y han sabido embaucar la mente de los hombres con astucia, porque al final han superado a los que han actuado con lealtad».*

Napoleón, en sus comentarios a *El Príncipe*, con gran visión de futuro, apostilla: *«Arte que puede perfeccionarse todavía».*

La experiencia nos demuestra que en la vida en general y en la política en particular se puede proceder de dos maneras: o se

hace el bien y se refleja en los medios de comunicación, o se hace el mal y se dominan, de alguna forma, los medios de comunicación para que lo oculten.

El primer sistema no da siempre buenos resultados. El segundo acaba por no darlos nunca.

Otra posible proyección de las ideas de Maquiavelo a nuestro mundo o, quizá mejor, la demostración tantas veces aludida de que recogía en su libro las tendencias espontáneas de los hombres, es el criterio de que el Príncipe, la clase política, se rige por unas normas específicas, distintas de las aplicables al resto de la sociedad.

De ahí el peligro, hoy latente, de que se constituya una clase política dotada de cierta autonomía, con dedicación exclusiva y profesionalizada, retribuida en cuantía creciente, en la que perder el poder constituya una preocupación y un temor que dirija e inspire la forma de proceder de los que pertenecen a ella.

Y puede darse la circunstancia de que a quienes más alarma e inquieta esa pérdida del poder —en el amplio sentido de tener que abandonar un cargo político— sea precisamente a los menos válidos, a los más incompetentes, porque van a encontrar mayores dificultades para retornar a su vida anterior y para conseguir acomodarse a nuevas actividades de la sociedad civil.

Ya he observado antes que Maquiavelo, aunque no lo mencione con frecuencia, es consciente de que existe un concepto religioso, pero que estima no es aplicable a la función política. Desaparece, pues, el deseo de ser honesto, justo y honrado para tratar de merecer una alta recompensa en otra vida futura.

También sabe que hay una ética, una moral, un derecho natural que debieran aplicarse en la sociedad. Pero únicamente en cuanto no se presente la necesidad de soluciones extremas. Y la dificultad radica en determinar cuándo y para quién ha llegado ese extremismo de los remedios.

La política maquiavélica ordinaria se hace siempre con medios extraordinarios porque es una sucesión continua de situaciones límite.

Podríamos también detenernos a reflexionar sobre un extremo que, tal vez, altera en cierta medida las bases teóricas de la democracia y el sistema de partidos. Parece, en principio, que éstos

deberían sostenerse no sólo por la coincidencia de sus ideas y de sus entusiasmos, sino también por las cuotas de sus partidarios, que contribuirían a mantener prácticamente a su grupo respectivo, con el sacrificio de sus aportaciones. Pero no sucede así en parte alguna.

Los afiliados son, de ordinario, muy inferiores a los simpatizantes y a los votantes, y no solucionan el problema económico de los partidos, por lo cual el Estado ha de subvencionarlos por un procedimiento que tiene en cuenta los votos obtenidos y, en consecuencia, todos los contribuyentes, de una manera obligada a través de los impuestos, contribuyen a sostener no sólo al partido de sus simpatías, sino también a todos los demás, aunque los consideren adversarios y no coincidan, en absoluto, con sus ideas ni con sus programas. Pero si resulta que ni aún así pueden atenderse las necesidades económicas de los partidos y de la actividad política que realizan, surgen procedimientos que corrompen esa vida política y, además, salpican a las personas, las entidades y las empresas de la sociedad en general, produciéndose una escalada de la que tantos intermediarios pretenden o consiguen favorecerse, e inundan el país de que se trate, con un deplorable ambiente de inmoralidad, que tiende a generalizar los graves casos individuales.

Aún en el concepto relativo de Maquiavelo, según el cual la ética en política debe ser adecuadamente graduada, sin coincidir con la del resto de la sociedad, y en el supuesto de que una y otra —la de la política y la de la sociedad— fuesen totalmente independientes, surgen las trascendentales preguntas de qué es ética, dónde se encuentra su fundamento —presciendiendo en este caso de la religión— y cuáles son sus límites.

Pareciera que en política no hay valores absolutos, sino tan sólo referidos al objetivo a conseguir, y son tanto mejores los que contribuyen a lograrlo con mayor eficacia. Para Maquiavelo, desde este punto de vista de obtener el poder por el poder, no hay nada metafísico. No hay trazas de teología platónica o aristotélica. Nada de esencialismo. Nada de conciencia individual. Tan sólo la política por la política.

Maquiavelo construye sus teorías y apoya sus consejos sobre la base del predominio que en realidad tiene el mal sobre el bien. Pero confunde también la concepción del bien y del mal al no calificarlos en sí mismos, sino en atención a los fines que, en cada

ocasión, persiguen. Esta ignorancia del bien y del mal que perturbaba a Cicerón conduce a Maquiavelo a conclusiones perversas.

Y eso no deja de ser preocupante.

Hasta ahora he tratado de poner de manifiesto de qué forma han llegado a nuestros días algunas de las teorías fundamentales de Maquiavelo y la evidente o disimulada aplicación que en muchos lugares y ocasiones se hace de ellas, como inspiración de la vida política en la que actúan «los príncipes» modernos.

Y me apetece decir que es preciso luchar contra esa realidad que tenemos a la vista. No podemos caer en la desesperanza, hasta ahora confirmada, de Maquiavelo. Tenemos que emprender cuanto antes la tarea de educarnos todos para que la actividad política se perfeccione y, en la perpetua lucha del bien y el mal, comencemos por definir uno y otro con un baremo elevado, no sujeto tan sólo al fin práctico que se persigue, sino inspirado por ideales incommovibles. No demos la razón a Maquiavelo en el sentido de que, por predominar en el hombre los sentimientos perversos, sólo ejerciéndolos en todo su vigor es posible triunfar en el campo de batalla donde la política se desarrolla.

Sería absurdo que hay que escribir un nuevo «Príncipe» en el que se establezcan fundamentos contrarios a los contenidos en el de Maquiavelo. Ya se ha hecho repetidas veces a través de la historia. Pero antes hay que esforzarse en ir convirtiendo paulatinamente a los hombres y mantener la ilusión de que los impulsos buenos vayan ganando en influencia. No será, ni mucho menos, de un día para otro, pero hay que iniciar ya esa labor purificadora y, si es necesario, represiva y sancionadora, para resaltar y premiar los valores morales positivos y desterrar los censurables.

No hay más remedio que intentar y propiciar que el bien vaya imponiéndose y llegue a triunfar sobre el mal que Maquiavelo consideraba como inevitable inspiración, constante y normal, de la conducta humana aplicada a la política.

Y confiemos en que, con el tiempo y apoyados en la educación, en la reflexión y en la necesidad, el bien pueda ganar alguna vez.

Hay que dedicarse cuanto antes y con la mayor sinceridad a estudiar la democracia como sistema insustituible, pero mejorable, que no consiste únicamente en una palabra mágica. Hay que ac-

tuar sobre la conciencia de los políticos en particular y de las personas en general para encontrar nuevas fórmulas y conductas mejores. Hay que romper círculos cerrados de exclusiva dedicación a la política y abrir camino para una participación más activa de los ciudadanos en la gestión que a todos nos interesa.

Y entonces, sólo entonces, podríamos imaginar, no ya un nuevo libro fantástico e ideal que estableciera principios y consejos opuestos a los de *El Príncipe* de Maquiavelo, sino un clima humano y político ejemplar y renovador, inspirado por un fortalecimiento de los valores morales, que moviera la conciencia de los hombres.

Un ambiente que, basado sobre sistemas educativos adecuados y apoyados por la libertad de los medios de comunicación, tan importantes en el mundo actual, indujera al príncipe la entrega plena a la gobernación del Estado para buscar la paz, el bienestar y la seguridad de los ciudadanos, por encima de intereses personales limitados y egoístas; que preconice una política de la que desaparezca la corrupción y la influencia, para que se imponga la honradez; que descubra al incompetente y advierta al competente el peligro de supervalorarse y creerse indispensable; que recuerde al político la obligación de decir siempre la verdad, sin engaños ni subterfugios, para que los compromisos se observen y se respete la palabra dada; que ponga de manifiesto el riesgo que encierran las ambiciones desmedidas de poder y la tentación de convertirlo en personal, cueste lo que cueste y aunque haya que sacrificar a cuantos constituyen un obstáculo; que aconseje desterrar la envidia y la traición; que den ejemplo cuanto deban darlo; que ponga de manifiesto la conveniencia de que la clase política no llegue a constituir un grupo aparte, dentro de la sociedad, movido por una ética especial distinta de la aplicable al resto de los hombres.

Dentro de ese ensueño se sentaría el principio de que no siempre el fin justifica los medios, ni siquiera atendiendo a esa suprema razón de Estado —tantas veces definida a gusto de quien la esgrime— si los medios no son lícitos y, mucho menos, si tampoco lo es el fin.

Reconoceríamos, en contraste con muchas opiniones modernas, que el poder no es un fin, sino un medio, y que el objeto del poder no es el poder mismo.

Sin duda aumentaríamos nuestra dosis de felicidad si llegáramos a comprender que la obsesión por la permanencia en los pue-

tos políticos no puede condicionar todos los planes, todos los programas, todas las decisiones y todas las conductas. Si admitiéramos que no se trata únicamente de obtener el triunfo en unos comicios, cada vez más costosos y cada vez menos sinceros, a base de desacreditar al contrario en lugar de exponer los propios propósitos o de demostrar el cumplimiento de los que se habían anunciado.

Hay muchas formas de apoyarse en la fuerza para implantar una dictadura, porque hemos de reconocer que la fuerza puede tener también distintas definiciones, formas y variantes. Y hasta ocurre, en ocasiones, que podemos descubrir signos dictatoriales en los propios sistemas democráticos, tanto porque evolucionen —en el caso, por ejemplo, de Adolfo Hitler, elegido democráticamente en 1933— como porque con los mismos medios de la democracia, aplicados de una manera especial y sin que los poderes del Estado se limiten recíprocamente, se ejercen, hasta cierto punto, poderes dictatoriales. Y esto es aún más grave porque las dictaduras clásicas, las establecidas anormalmente sobre la fuerza, la violencia y la ilegalidad, tienen siempre el complejo de su falta de base legítima, mientras las que pudieran llamarse «dictaduras democráticas» encierran el peligro creciente de robustecerse con la licitud de su origen.

Para Nicolás Maquiavelo no cuentan demasiado las ideologías, sino los resultados prácticos. No se le ocurre pensar que en el noble ejercicio de la política cada uno sepa renunciar si su dignidad está en juego, si su conciencia se resiste, si sus errores han conducido al fracaso.

Sería incongruente que la ética resultara incompatible con la política, aunque no falta quien opine así. Pero peor aún que la ética se identifique con la política que en cada caso o a cada persona conviene aplicar. Es decir, que se considere ético lo necesario conforme a un determinado criterio político.

Dejemos de recordar a Maquiavelo como no sea para alarmarnos de la supervivencia de sus consejos; para aspirar a una concepción de la política, que ya no sea técnica de acceso y permanencia en el poder por la manipulación o la represión de las masas, sino de reflexión, a partir de la base, sobre los fines de la sociedad y la forma de organización necesaria para lograr esos fines.

¿No estaremos llegando en el mundo entero a un momento en que sea necesaria una revisión, una actualización, una perfección del sistema político?

Tal vez la opinión más aceptable de Nicolás Maquiavelo sea la de que los instintos perversos predominan en la sociedad y se manifiestan con mayor vigor en la política.

Se trata, pues, de intentar mejorarlos en su origen.

Al llegar a este punto me invade una profunda inquietud: había pensado formular unas impresiones derivadas de la relectura de *El Príncipe* de Nicolás Maquiavelo. Pero ahora me doy cuenta de que he acabado por establecer aspiraciones que tienen mucha más relación con *La utopía* de Tomás Moro.

No tengo más remedio que pedir perdón.

Y, sin embargo, es necesario pensar en la utopía. O, mejor aún, no en una utopía total, perfecta y lejana, sino en utopías parciales, sucesivas y más inmediatas. Como dice con acierto González Fernández de la Mora: «*La vida humana es un continuo realizar de utopías*».

Es preciso detenerse a meditar intensamente sobre ellas.

Hay que sustituir el interés personal por el colectivo, el del partido por el de la comunidad en su conjunto, y la manoseada e inconcreta razón de Estado por la razón de la Humanidad.

Es muy difícil tener la seguridad absoluta de lo que se debe hacer, y no es nueva la afirmación de que en política sólo se puede estar seguro de una cosa: de que jamás se puede estar seguro de nada.

Tal vez será más fácil aclarar la idea de lo que «no se debe hacer», aun dentro de una cultura laica que pretenda sustituir a la religión. Pero en todo caso es preciso obtener cada vez mayores avances en el establecimiento de unos valores básicos, inspirados por el retorno de la espiritualidad, porque hay que fijar lo más exactamente posible ese «debe ser» que es anterior a las leyes, al propio legislador y a la conciencia individual.

Hay síntomas de recuperación. Nuestros valores tienden a ser hoy, cada vez más, las viejas normas universales que diferenciaban a los hombres civilizados, aunque fueran torpes, de los bárbaros aunque fueran inteligentes.

Cuando hacemos frente a la agresión o a la destrucción de la libertad, bajo regímenes despóticos, es a esos valores a los que apelamos. Cuando descubrimos los defectos de muchos sistemas

estamos sintiendo la apremiante necesidad de perfeccionarlos para que se acomoden lo más posible a unas verdades intemporales que Hegel y Marx no admitían, pero que tienen una realidad fundamental, aunque estén sometidas a las evoluciones históricas.

Los hombres de Estado, los políticos, los gobernantes, los «príncipes» de nuestro tiempo, están muy ocupados en el ejercicio del poder o en la preparación necesaria para obtenerlo o conservarlo. Tienen que limitarse a gobernar y a resolver los problemas de cada día o de un plazo muy corto, sin tiempo a reflexionar sobre el futuro que va a imponerse en atención a nuevas normas y estilos diferentes.

Tenemos todos que contribuir a que ese cambio de estilo se produzca. Es necesario que no nos atraigan los malos ejemplos de los enriquecimientos rápidos, de los éxitos sospechosos que abandonan todo concepto ético. Hemos de contemplar cómo se produce la sanción de los comportamientos que no se pueden tolerar.

No hace mucho me correspondió dar una conferencia sobre la tolerancia. Y, en efecto, la tolerancia es un concepto importantísimo en nuestros tiempos. Pero también es cierto que debemos ser intolerantes con lo intolerable.

El cambio, un cambio radical aunque se realice paulatinamente, tiene que producirse.

Vamos a comenzar una nueva era en la que no se olviden nunca la moral y la ética.

Que Dios nos ayude. Sí, como decía el Ingenioso Hidalgo: *«Ayuda de Dios con lo suyo a cada uno, señor Maese Pedro, y caminemos todos con pie llano y con intención sana»*.

Muchas gracias.

Llanes, 26 de julio 1996.

